José Francisco Conde Ortega*

Max Aub y Joaquina Rodríguez Plaza: el crimen imperfecto

Max Aub and Joaquina Rodriguez Plaza: The Imperfect Crime

Resumen

En pleno siglo XXI se erige una nueva Inquisición. Nada se ha aprendido de la historia. Del hastío de fin del siglo XIX se pasa a la tristeza del pensamiento actual. Entre tanto, dos autores, separados por la edad, pero coincidentes en la experiencia del exilio, le toman el pulso a su tiempo por medio del crimen necesario, así sea a través de esa "verdad sospechosa" que es la literatura.

Palabras clave: Exilio, libertad, cultura, océano, pensamiento, crimen, ejemplo, beneficencia, tiempo, siglo, hastío, pesadumbre, soledad, encuentro, nostalgia, democracia, libertad

Abstract

In the 21st century, a new Inquisition has risen. Nothing has been learnt from History. From 19th century weariness one passes to the sadness of nowadays thinking. Meanwhile, two authors, separate by age but coincident in exile experience, keep their finger on the pulse of their time by means of the necessary crime, be it through the "suspicious thruth" that Literature is.

Key words: Exile, freedom, culture, ocean, thinking, crime, example, charity, time, century, weariness, grief, loneliness, meeting, nostalgia, democracy

Fuentes Humanísticas > Año 29 > Número 55 > II Semestre > julio-diciembre 2017 > pp. 63-71
Fecha de recepción 12/07/17 > Fecha de aceptación 30/10/17
conde.ortega@yahoo.com

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

Al comenzar la vigésimo primera centuria, George Steiner publica *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento* (2009). En este libro, el ensayista estadounidense, nacido en Francia y de origen alemán, trata de explicarse la pesadumbre que parece ser el signo de estos tiempos. Sobre todo porque, en la sociedad, parecen entronizarse el vértigo pragmático y una sola posibilidad de verdad, con menoscabo del ejercicio feraz de la inteligencia. Es decir, el pensar, como necesidad de la especie para cuestionar, dudar, proponer alternativas y facilitar el diálogo, parece un estorbo. Pareciera que, ahora, los seres humanos deben ajustarse al señuelo de lo inmediato.

El espectacular avance tecnológico, que parece haber superado las más pesimistas previsiones de las novelas de anticipación científica, es el pretexto (causa y efecto) para la imposición de políticas que concentran el poder en grupos cada vez más reducidos, con el dinero como motor afinadísimo y exacto. La brecha entre pobres y ricos se ensancha, porque las guerras confesionales (el terrorismo) y el crimen organizado (tráfico de drogas) son un negocio eficazmente controlado por las esferas de poder. En las universidades se relega el estudio de las humanidades en favor de criterios eficientistas, para crear mano de obra barata o para "educar" a generaciones de futuros gobernantes de países pobres, en instituciones de países hegemónicos, para imponer sus modelos de organización.

En este contexto, el ejercicio del pensamiento parece vivir en un exilio. Si el lenguaje, clara expresión del pensamiento, en su condición de característica esencialmente humana, ha buscado interrogar al mundo para ir construyendo algunas respuestas a las preguntas eternas de la especie, en los tiempos que corren busca ser constreñido para que señale verdades "únicas". Como pensar significa poner en duda y cuestionar todo concepto que pretenda ser absoluto, hacerlo es peligroso para la estabilidad de regímenes totalitarios. Por eso, a partir de un uso sesgado del lenguaje, la política imperante ha favorecido la sectarización de la sociedad. Así, han surgido movimientos que dicen defender la tolerancia, la inclusión y la reivindicación de minorías, y son intolerantes, excluyentes y ultra conservadores. De esta manera, la sociedad queda enmudecida y atomizada.

Erasmo de Rotterdam, en la "Dedicatoria" de *El elogio de la locura*, le dice a su amigo Tomás Moro:

> Por lo que respecta al reproche de mordacidad, responderé que siempre se ha concedido al ingenio la libertad de chancearse sin recelo de las cosas humanas, con tal que esa licencia no degenere en frenesí. Por lo cual, me admira grandemente la delicadeza de los oídos de nuestros días [...]. (2007, p. 9)

Y esos "oídos delicados", en nuestro tiempo, son resultado de ese uso sesgado y limitante del lenguaje. Ciertos sectores de la sociedad, al atomizarse –y aunque enarbolen banderas defendibles y justas– han revestido su lucha con un lenguaje unidimensional, en el que hay una sola verdad; con el que se cancela todo matiz y, desde luego, la posibilidad de disentir. Ésta es la tristeza del pensamiento. Éste es el exilio que se vive en estos tiempos.

Hace ya casi un siglo, otro exilio y otra forma de pensamiento adquieren un peso relevante en la historia de la humanidad.

Borges escribió que "a la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos" (2002). Y quizás valga la pena detenerse un poco en una de esas "simetrías" y su consecuente "leve anacronismo". George Steiner nace en 1929, en París, pues su familia tuvo que salir de Alemania. Era judía. Diez años después la familia parte a los Estados Unidos. 1939 es el año en el que los republicanos españoles salen al exilio. El fascismo dicta sus leyes. La vertiente española, con el sustento del catolicismo, consigue permanecer hasta 1975. Una experiencia semejante en lo temporal; pero un sistema de pensamiento diferente. George Steiner alcanza su madurez intelectual cercana ya la pesadumbre del nuevo siglo; los republicanos españoles, cuando la fe en que la historia no se detiene permite la esperanza.

Puede ser una paradoja, pero al mismo tiempo que el fascismo cernía su sombra sobre Europa, las ideas socialistas convocaban a participar de un espíritu de solidaridad humana. Las ideas de justicia y libertad adquirían su justa dimensión porque debían ser el resultado de la lucha con las mejores armas: la inteligencia, la razón y el compromiso con los demás. Las mejores mentes de España combaten por la República. La inteligencia internacional se solidariza con esa lucha. La instauración del franquismo provoca el exilio de esa lúcida generación española. Ingenieros, médicos, artesanos, obreros, artistas y pensadores son acogidos en muchos países. México fue uno de ellos. En nuestro país, esa "realidad, tan dolorosa como involuntaria", como escribió Adolfo Sánchez Vázquez (Sánchez Vázquez, 1991), dejó una marca fructífera e indeleble en la cultura nacional.

En 1939, al instaurarse la dictadura franquista, la inteligencia española sale al exilio. El grupo más numeroso llega a México. Rápidamente se involucran con el nuevo país, sin olvidar "la herida que no cicatriza" (Sánchez Vázquez, 1991) del destierro, pues, como se ha repetido tantas veces, siempre tenían las maletas listas, por más que el regreso se viera cada día más lejano. Entre 1939 y 1942 llegan veinte o veinticinco mil personas, de las cuales 25% constituyen lo que podría llamarse la inmigración intelectual. La Universidad se ve enriquecida con su aporte; y con su fe en la humanidad, ayudan a formar a la juventud mexicana de su tiempo. La industria editorial florece, se funda la Casa de España –después El Colegio de México– y el Fondo de Cultura Económica.

El continente americano se enriqueció con la llegada de filósofos como María Zambrano; poetas como León Felipe, Luis Cernuda y Juan Rejano; narradores como Francisco Ayala y Max Aub. Uno de los contingentes más emblemáticos, quizás, fue el que desembarcó del *Sinaia*. Eran mil 599 viajeros por la fuerza de la fatalidad. Además, debe mencionarse que, en 1937, desembarcan del *Mexique* 456 niños. Esto le da un matiz a esta experiencia humana. Abre nuevas posibilidades de ver al nuevo territorio. Por un lado, los que llegan en plena madurez intelectual, asumen una condición de la historia; por otro, los que van a madurar en "otro" sitio, pueden decidir que, de algún modo, esa condición está en sus manos. Tal vez una manera de ilustrar esto sea la obra de Max Aub y Joaquina Rodríguez Plaza.

Apenas si vale la pena insistir en la idea borgesiana de las "simetrías y los leves anacronismos" (Borges, 2002), pero Max

Aub, de origen alemán, nació en Francia, como Steiner, y luego se nacionalizó español. En plena madurez, llega a México en 1942. Y se queda hasta su muerte. Ese mismo año llega, de diez años, Joaquina Rodríguez Plaza. Sus padres debieron salir en 1936. Ella los alcanza en un nuevo país.[1] En los dos primeros existe, desde el origen, el destino del exilio; en Rodríguez Plaza, la necesidad de apre(h)enderlo. En agosto del 2003, Joaquina Rodríguez da una conferencia en homenaje a Max Aub. Ella tenía la misma edad de Max Aub cuando éste murió. El tema de la conferencia –nos advierte– es ella misma, pues solamente al seguir amorosamente la obra aquél pudo entender –y verbalizar– la condición del exilio. Y pudo saber, también, que un crimen –aun a través de la literatura– puede ser imperfecto.

El tránsito entre el siglo XIX y el XX vio florecer el hastío. El aburrimiento ante el sinsentido de la civilización trajo consigo una actitud escéptica. La dolorosa certidumbre de la no existencia de Dios obligó a una suerte de ultra conciencia artística. La filosofía, entonces, redefine su método y afina su carácter especulativo. De la vigésima centuria a la siguiente el signo es la pesadumbre. Es el azoro ante el vértigo de la globalización y el espacio virtual. Sin idea de Dios o no Dios, el artista no encuentra su sitio en ninguna parte. La filosofía encuentra cada vez más razones para la "tristeza del pensamiento" (Steiner 2007). Ante este panorama, pareciera que únicamente queda rescatar algunos momentos de la historia, con datos aparentemente triviales, para recuperar algo de humanidad. De otro modo el ser de nuestro tiempo está condenando al exilio perpetuo. Y sin tener a dónde ir.

Es por eso que la experiencia humana del exilio español en México pudiera ser comprendida, más entrañablemente, a partir de historias personales, de hechos cotidianos, de la rutina de todos los días. Más allá de arduas disquisiciones sociológicas, la historia está hecha por seres que viven, sienten y se relacionan con otros. Cómo no entender, entonces, la manera en que Joaquina Rodríguez Plaza, a través de los libros de Max Aub, entiende su experiencia del exilio y, tal vez, la de muchos otros que aprendieron a vivir con la nostalgia a cuestas, pero matizada por la necesidad de reconocerse en un lugar distinto.

Así, aunque en muchas casas el padre evitara hablar del exilio, irremediablemente la madre, al regresar del mercado, se dejaba vencer por la cólera, frustración o nostalgia porque los productos comprados no tenían el aroma, la dulzura y la suavidad de los que compraba en su pueblo, en la cada día más que lejana España. Es decir, pese a todo intento de asimilación, llevar la carga de refugiado como la de un aventurero sin destino, para quien cada día es un paso en el vacío. Y es que allá, al otro lado del océano, se quedaron los intereses y los ideales políticos que pugnaban por mantenerse vivos. La distancia no había separado nada de lo que el exiliado apreciaba.

Otro asunto de vital importancia es el del lenguaje. Al escuchar el "ustedes los españoles", el exiliado tenía que sentirse como el invitado a una fiesta de la que, pasados los motivos del festejo, tenía que despedirse, pues los dueños de la casa tenían que hablar de lo exclusivamen-

[1] Y con un nuevo hermano, ya mexicano.

te suyo. Cuántas veces, incluso, debieron escuchar el "pinche gachupín" y el "pinche refugiado", sin que el emisor –y apenas vale la pena advertirlo– entendiera los matices semánticos. No hay que olvidar que, en México, la gente común, apercibida por el clero católico y el macartismo rampante, había estigmatizado la palabra "refugiado". Se decía que esos rojillos venían a "quitarnos el pan". Con el tiempo el término fue adquiriendo su justa dimensión: la de una intachable conducta moral y el compromiso social de muchos exiliados. Es decir, la indeclinable convicción de ser republicano y demócrata.

Max Aub y Joaquina Rodríguez Plaza comparten, además, una idea peculiar del uso del lenguaje: jugar con las palabras para mejor entenderse a sí mismos. Aquél, nacido en 1903; ésta, en 1932. Ambos interrogan al mundo. El primero mediante su energía creadora y el compromiso político; la segunda, con su energía creadora y el compromiso con la academia. Los dos decidieron que el crimen –a través de la literatura– podía ser ejemplar y benéfico a un tiempo. Ambos entendieron que las palabras saben más de nosotros que nosotros de ellas. Por eso, para sus crímenes amorosamente concebidos, sabían que es mejor tener gracia que tener razón.

Energía creadora, compromiso político y sentido del humor podrían ser las tres vertientes del río caudaloso que es la obra –y la vida– de Max Aub. Alemán por herencia, francés por nacimiento, español por destino y mexicano por elección, deja ver en su obra, diversa y abundante, la certeza de que jugar con las palabras es la mejor manera de descubrirse a sí mismo, de responder, acaso transitoriamente, a las preguntas esenciales de la especie. Por eso, tal vez –se dice– apenas corregía sus textos antes de darlos a la imprenta. Escribió novela, relato, poesía, teatro, ensayos de crítica literaria, biografía, seudo biografía, auto biografía, epistolarios y guiones de cine. Dentro de esta copiosa producción, sus *Crímenes ejemplares* constituyen un punto de confluencia de las vertientes aludidas líneas arriba. Energía. Compromiso y atención al habla de todos los días son el andamiaje de estas historias, inquietantemente certeras, que comprometen al lector y lo convierten en cómplice y/o testigo de cargo.

En 1957, en el Distrito Federal, aparece la primera edición de los *Crímenes ejemplares* de Max Aub. Es un año particularmente azaroso para la ahora Ciudad de México. Tiembla la tierra y se cae el Ángel –o la Victoria alada– del Paseo de la Reforma; pierde el *Ratón* Macías ante el chino-francés Alphonse Halimi, y muere Pedro Infante. Los testigos de ese momento apenas intuyeron el presagio; los sobrevivientes, ya en este siglo XXI, no entienden qué no supieron leer en esos signos. Ahora la ciudad es la Ciudad, con la "C" mayúscula como una justificación para herir aún más la accidentada geografía de un espacio que debiera ser de todos los ciudadanos; y para erigir una nueva Inquisición, en aras de lo políticamente correcto, donde solamente una verdad debe imperar, enunciada mediante un uso sesgado –y empobrecedor– de la lengua.

Max Aub quiso leer las señales de su tiempo. Vio en esa ciudad "dolorosamente ardida de (más) de medio siglo" XX (Huerta, 1988), y asumió una suerte de escepticismo, un poco en deuda con el hastío del fin del siglo anterior, y otro tanto augurando la "tristeza del pensamiento"

(Steiner, 2007) que ya se estaba anunciando. Sus *Crímenes ejemplares* son una respuesta, un termómetro vital y una aspiración. Son el ajuste de cuentas ante esos momentos de estulticia, trivialidad y sinsentido de la gente que, casi sin quererlo, demuestra que lo peor de uno mismo es ella misma. Son crímenes con intención profiláctica. Así, la palabra, libre y luminosa, juega, hurga, desnuda, abre la herida y conjura los demonios de la estupidez.

Escribe Max Aub en el "Prólogo" (1999, p. 9) que, por más de 20 años recogió esos "crímenes" en Francia, España y México; dice, con un guiño leve de modestia, que son "material de primera mano [que] pasó de la boca al papel rozando el oído" (Aub, 1999, p. 9). Y que esos testimonios de la gente común constituyen, quizás, un intento de ponerse bien con Dios y huir del pecado (Aub, 1999, p. 9). Finalmente, para hacer hablar sin prejuicios a la gente, y para afinar él mismo el oído, tuvo que recurrir –dice– "a cierta droga hija de algunos hongos mexicanos de la sierra de Oaxaca" (Aub, 1999, p. 10). Es decir, celebración del rito más antiguo y eficiente entre los seres vivos: la conversación. Y su necesario sustento para disponer y exaltar el ánimo. De este modo se busca hacer justicia, cuando menos, a través de la literatura. Hay quien debe morir porque está de más en este mundo. Es un lastre. Su muerte debe ser el restablecimiento del equilibrio universal. Pero muchas de las faltas de la gente no son sancionables por las incompletas leyes vigentes. Hay que tomar la justicia en propia mano. Aunque sea fuera de la ley; aunque sea, por eso, un crimen, así sea para ejemplo de los simples, mediocres y perniciosos.

Dice Max Aub que apenas si aderezó los textos. Sin embargo, muchos de ellos tienen una factura impecable, por más que compartan una misma andadura escritural: exposición de razones –o sinrazones– y la muerte del desconsiderado. Ante el que mueve interminablemente la cucharilla en la taza del café, el que se molesta cuando ve amamantar a un niño, quien rompe un recuerdo de familia, el que tiene barros, o la que mira hacia el techo cuando hace el amor: no queda más remedio que la muerte. O, también, simplemente por haber nacido en el lugar equivocado: "Lo maté porque era de Vinarroz" (Aub, 1999, p. 16).

No obstante, algunos de los textos, generalmente los más breves, apuestan por la elisión, la sugerencia. Entonces, sin mencionar el crimen, la historia adquiere mayor eficacia y altura literaria. Por ejemplo:

> Era tan feo el pobre, que cada vez que me lo encontraba,
> parecía un insulto. Todo tiene su límite. (1999, p. 25)

O

> Que se declare en huelga ahora. (1999, p. 27)

En ambos casos se alude al acto de matar, pero se elide la palabra muerte. De este modo, el texto ensancha sus posibilidades y roza, incluso, el aforismo.

Un ejemplo más:

> ¡Me negó que le hubiera prestado aquel cuarto tomo…! Y el hueco en la hilera como un nicho… (1999, p. 65)

El aburrimiento, el simple hecho de tener un arma, el encontrar alguien más rico,

más guapo y más inteligente que uno, el querer todos los juguetes para uno solo son motivos suficientes para el crimen. De cualquier manera, estos *Crímenes ejemplares* son la expresión de un desencanto y un ajuste de cuentas con su tiempo. Son literatura, sí. Y literatura a partir de testimonios orales. Pero, sobre todo, son el desencantado registro de la dolorosa certidumbre de estar vivo en este mundo cada día más hostil. Él lo dice de este modo:

> El hombre de nuestro tiempo sólo considera fracasos. El último gran mito cae ya, no de viejo sino por potente. La grandeza humana sólo se mide por lo que pudo ser. No vamos a ninguna parte, el gran ideal es, ahora, la mediocridad, vencer los impulsos. En la supuesta dignidad de castrarse han muerto muchos de los mejores. (1999, p. 11)

En 1989, en una bella edición con ilustraciones de César Martínez Silva, aparece *Crímenes para la beneficencia pública*, de Joaquina Rodríguez Plaza. Es el número 17 de la Colección Laberinto. En su "Confesión a manera de prólogo", la autora confirma que, en efecto, su modelo es Max Aub (Rodríguez, 1989, p, 7), pero sin la rabia de éste. Y es cierto. Y si en ambos autores hay sentido del humor y un saludable juego con el lenguaje, en Joaquina Rodríguez Plaza existe una suerte de aquilatamiento de la neurosis personal. Es decir, Max Aub recoge la necesidad de matar en testimonios orales (Aub, 1999): neurosis colectiva; la autora libera su propia necesidad de revancha: neurosis personal. Para ésta sus "crímenes" son terapéuticos y catárticos (Rodríguez, 1989, p. 8); para aquél, resultado de un malestar en el mundo.

Los *Crímenes para la beneficencia pública* siguen, aun lejanamente, la idea de Thomas de Quincey de que en el planteamiento, en el proyecto de un asesinato está la belleza. El resultado, aunque no es lo de menos, se inhibe la intención artística. Así, la autora decide cometer el crimen perfecto, el que ocurre únicamente en la imaginación y no deja huellas de sangre en la alfombra. Y a nadie se le puede castigar por esto. Así, cada texto contiene una exposición de motivos, por demás rutinarios y triviales, pero que conspiran para que nazca en cualquier individuo el deseo de matar: la altanería del jefe en el centro de trabajo, la osadía del policía de tránsito que siempre nos detiene injustamente, el hijo energúmeno de una visita inesperada...

El cuidadoso planteamiento del móvil de cada "crimen" obliga a que el lector insinúe una sonrisa; el resultado final lo vuelve cómplice gozoso. Con todo, me parece que los mejores resultados, literariamente hablando, se dan en los textos breves. Quizás porque en éstos la ironía se vuelve más efectiva. Como en "Pensador mexicano":

> En las juntas académicas, aquel profesor siempre iniciaba sus argumentaciones diciendo: "Pues yo siento que..." Lo maté después de pensarlo dos veces. Y no sentí nada. (Rodríguez, 1989, p. 15)

O en "Taxista":

> Al chofer aquel lo maté porque estaba harta de oír durante tantos años el mismo insulto: "¡Vieja pendeja!", me gritó. Me dio rabia que tuviera razón. (Rodríguez, 1989, p. 19)

Festivo desencuentro con los lugares comunes y gozosa autoironía son constantes recursos de Joaquina Rodríguez Plaza. Una sección del conjunto, la última, es particularmente destacable. A la manera de los "poemínimos" de Efraín Huerta, la autora decide el crimen a partir de parafrasear textos de otros autores, utilizando como recurso una suerte de paronomasia. Son "Crímenes ilustres", como éste, de Gustavo Adolfo Bécquer: "Cuando quiero matar no mato a veces mato sin querer" (Rodríguez, 1989, p. 37).

En 2010 Joaquina Rodríguez Plaza publicó *Otros crímenes para la beneficencia pública*[2]. Con la misma andadura que los anteriores, la autora ahora los dota de un humor más sabiamente alimentado por el inevitable contacto con la gente. Ella ya se sabe justiciera indomable, feroz vengadora de agravios cotidianos, solidaria compañera de los timoratos y generosa auxiliadora de los que ni se imaginan condenados. Su justicia va más allá de la meticulosa paciencia del detective de la novela de enigma; su venganza es refinada porque la asume como un deber, no a la manera del conflicto ético en *Crimen y castigo*, sino como una fatalidad, un poco a medio camino entre Pepe *El Toro* y Clint Eastwood. Su osadía reivindica la abulia de los "que no matan ni una mosca", ya sea por desgano o por inercia. Por eso mata a quien debe morir.

En efecto, sus crímenes son para la beneficencia pública; si no, ¿quién que tenga un poco de imaginación podría soportar, impasible, a la buena conciencia que les dice "salud" hasta a los asaltantes? Es posible que esas "almas buenas" sean las que, de mejor manera, susciten en un observador más o menos atento las ganas de asesinar. Uno de los personajes de Óscar Wilde estaba seguro de que sólo la gente superficial no juzga por las apariencias. Por eso aquella bañista de peinado perfecto y salón de belleza portátil tuvo que morir.

> Yo estaba de regreso en el mar cuando vi su cabello perfectamente acomodado a unos cuantos metros de mí. Me sumergí y nadé bajo el agua hasta encontrar aquellos pies con uñas pintadas de rojo escarlata. No resistí la tentación de tirar hacia abajo.
>
> Al día siguiente, oí que los mozos del hotel aún buscaban a la dueña del salón de belleza portátil abandonado en la playa. (Rodríguez, s/f, p. 4)

El de la letra como espada es el juego más serio de la vida. Entonces parece que sí hay crimen perfecto. Joaquina Rodríguez Plaza ha cometido muchos. En cada historia existe la certeza del deber cumplido. Afuera todo permanece aparentemente igual. Sin embargo, algo se ha movido. El lector ha debido cambiar su perspectiva. Algunas muertes –así hayan sido literarias– han resultado benéficas. Es por demás evidente la suerte del filocalipígico, por más que el cuerpo del delito sea una "grupa bisiesta" apetecible: era avorazado (Rodríguez, s/f, p. 9). Con la paciencia de una lectura cuidadosa, la autora arma sus historias. Y, amén de sus antecedentes confesados, pienso en más de una similitud con *Ensayo de un crimen*, de Rodolfo Usigli.

[2] Por extrañas razones no tengo el libro editado. De tal suerte, citaré por la paginación de un engargolado que me hizo llegar la autora.

Eficacia y brevedad son los atributos de Joaquina Rodríguez Plaza. O una como consecuencia de la otra. Y el humor como sonrisa de la inteligencia. Un poco a la manera de Benjamín Jarnés o Jardiel Poncela, se decanta y lo obliga a volverse contra ella misma. "Sin retórica" (Rodríguez, s/f, p. 17), "El café con leche" (s/f, p. 14) y "Teoría práctica" (s/f, p. 18) son una puesta a prueba de los recursos escriturales y de una actitud. Una manera de verificar la eficacia de la forma y del humor. Y una preparación para la prueba mayor: el último crimen del conjunto –¿certera inmolación?– como la manera fehaciente de creer en el crimen perfecto.

La literatura, en el tiempo, puede ser "un río lentísimo de fuego", parafraseando a una poeta española. Por eso puede destruir lo que inventa. Los "crímenes" de Joaquina Rodríguez Plaza y Max Aub son, tal vez, la única manera de acercarse al fuego de su tiempo sin arder del todo. Aquélla, desde la fecunda experiencia académica, expone la palma de su mano sobre la llama viva; éste, en su condición de trashumante, arriesga todo el brazo. La primera sabe que lo único que nos defiende del acoso de nuestros "desemejantes" es aprender a convivir con nuestra neurosis, como querían los junguianos. El segundo asume la neurosis colectiva. Ella apuesta por la sonrisa de la inteligencia; él augura la "tristeza del pensamiento". En una ecuación simple, ejemplo y beneficencia pública más literatura puede ser igual a crimen perfecto. Pero no. El criminal siempre regresa al lugar del crimen, pues sabe que dejó testigos. Qué bueno. Los lectores confirmamos que no hay crimen perfecto.

Bibliografía

Aub, Max (1999). *Crímenes ejemplares*. España: Espasa Calpe. (Narrativa del siglo XX en lengua castellana)

Borges, Jorge Luis (2002). *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Huerta, Efraín (1988). *Poesía completa*. México: Fondo de Cultura Económica. (Letras Mexicanas)

Rodríguez Plaza, Joaquina (1989). *Crímenes para la beneficencia pública*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. (Col. Laberinto, 17)

_____. *Otros crímenes para la beneficencia pública*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. 2010.

_____. (S/F). *Otros Crímenes para la beneficencia pública*. S/L.

Rotterdam, Erasmo de (2007). *Elogio de la locura*. Barcelona: Ediciones Folio.

Sánchez Vázquez, Adolfo (1991). *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*. México: Grijalbo.

Steiner, George (2007). *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*. México: Fondo de Cultura Económica. (Cenzontle-Siruela)